

»tidad, que mi primer cuidado ha sido restablecer en
 »toda su integridad la buena armonía, y estrechar las
 »relaciones entre la Iglesia y la república, que por
 »desgracia lamentable estaban interrumpidas. Quedan,
 »pues, allanadas todas las dificultades, y V. Santidad
 »verá en este acto solemne de reparacion, el testimonio
 »menos equívoco de lo que exige en Méjico la concien-
 »cia pública. El gobierno espera del Todopoderoso que
 »protegerá sus esfuerzos para concluir la mision que se
 »le ha encomendado, y que ha empezado tan felicemen-
 »te. Grandes como son las resistencias que encuentran
 »todavía, confía en su asistencia, que vencerá todos
 »los obstáculos, y no dejará imperfecta esta obra, sin
 »la cual Méjico no podría presentar al mundo sino un
 »espectáculo de ruinas y escándalos. Los sentimientos
 »por la sagrada persona de V. Santidad de todo el
 »pueblo de Méjico, son hoy los mismos que tuvo du-
 »rante su residencia en Gaeta. Díguese V. Santidad
 »bendecirlo, al gobierno y autoridades de la república,
 »para que se unan todos, y se restablezca la paz bajo
 »el influjo santo de la religion. Ruego por último á
 »V. Santidad acepte la profunda veneracion con que
 »soy de V. Santidad muy devoto hijo.—*Félix Zuloa-*
ga.—*Luis G. Cuevas*, ministro de relaciones. Pala-
 »cio nacional. Méjico, Enero 31 de 1858.» (1)

Esta manifestacion del nuevo presidente al jefe de la Iglesia, alcanzó la aprobacion de la misma mayoría de la sociedad mejicana, sin excepcion de clases, pues como

(1) La carta empezaba con estas palabras: «A su Santidad el Sumo Pontífice Pio IX.—Félix Zuloaga, presidente interino de la república mejicana.»

el lector ha tenido ocasion de observar, se manifestó contraria siempre á las innovaciones introducidas desde la publicacion del código de 1857.

Al mismo tiempo que el gobierno de D. Félix Zuloaga se ocupaba de hacer volver los asuntos relativos á la Iglesia al estado en que se encontraban antes del triunfo de la revolucion de Ayutla, continuaba haciendo preparativos de guerra para empezar la campaña sobre las tropas jnaristas. El general Miramon que habia vuelto de Toluca á la capital despues de haber dejado en aquella ciudad autoridades y guarnicion conservadoras, salió de Méjico la noche del 5 de Febrero, con direccion al interior, al frente de una brigada de 1,200 hombres, que formaba la vanguardia de 6,000 que saldrian sucesivamente.

El gobierno de D. Benito Juarez, establecido en Guanajuato, dictaba á su vez las medidas convenientes, y levantaba tropas para hacer triunfar su causa. El gabinete formado por él lo componian D. Melchor Ocampo, Don Ponciano Arriaga, D. Guillermo Prieto y D. Miguel Lerdo de Tejada.

Los movimientos convergentes de los generales conservadores Liceaga y Miramon hácia Querétaro, la salida de nuevas tropas de la capital al mando de Osollo,

1858. la presencia de D. Tomás Mejía en los al-
 Febrero. rededores de Arroyozarco y San Juan del

Bio, anunciaban claramente que la presion mas temible del ejército de Zuloaga, se iba á efectuar, primero sobre la division de Arteaga y de Doblado, los cuales se preparaban por su parte á la lucha.

En aquellos momentos solemnes para los coligados en defensa de la constitucion de 1857, la coalicion acababa de echarse encima un compromiso diplomático de la mayor gravedad. Ya he hablado de las reclamaciones hechas por el cónsul inglés para que D. Manuel Doblado volviese los cincuenta mil duros pertenecientes á la casa de Jecker y C.^a, extraídos de la casa inglesa de moneda de Guanajuato. Pues bien, á este hecho hay que agregar otro que complicó mas y mas la situacion de los constitucionalistas. El gobernador de Veracruz Don Manuel Gutierrez Zamora, habia dispuesto de treinta y cinco mil duros pertenecientes al fondo de las convenciones extranjeras. Al tener noticia de ese acontecimiento, los ministros de Francia, Inglaterra y España, intimaron al expresado gobernador á que devolviese la cantidad referida.

Estos hechos que constituian una violacion del derecho de gentes, aunque llevados á cabo por la imperiosa necesidad de las circunstancias y con la buena intencion de subsanarlos, no por esto comprometian menos la situacion del gobierno establecido en Guanajuato.

Mientras mediaban algunas contestaciones entre los representantes de las potencias extranjeras y el gobernador Zamora, el general D. Luis Osollo se aproximaba con sus fuerzas á Querétaro, donde se creia que el gobernador Arteaga le opusiera resistencia; pero no fué así. Las tropas liberales, en número de 2,050 hombres, se replegaron á Celaya, y Osollo y Miramon entraron en la ciudad sin oposicion ninguna, á las once del dia 12, con la primer brigada: la segunda brigada entró en la tarde, y ambas acamparon al dia siguiente sobre el camino de Celaya.

Con este avance de Osollo, la coalicion constitucionalista perdió un Estado que fué á aumentar el número de los que se habian declarado por Zuloaga.

Por el Estado de Michoacan, las tropas conservadoras, al mando del general Perez Gomez; no habian encontrado adversarios con quienes combatir, pues todas las fuerzas constitucionalistas de él se habian ido á unir en Celaya con las de Arteaga y Parrodi. Creíase, por lo mismo, que una batalla decisiva debia empeñarse bien pronto entre el ejército liberal reunido y el conservador.

Mientras por una y otra parte se disponian para ella, Don Benito Juarez y su gabinete, acompañados de una seccion de caballería, abandonaron la ciudad de Guanajuato el 13 de Marzo y se dirigieron á Guadalajara, donde se instaló, como punto mas seguro, el gobierno liberal. Antes de emprender la marcha, Juarez dejó investido de facultades extraordinarias al general Parrodi.

En el Estado de Guerrero y en los distritos limítrofes que antiguamente habian pertenecido al Estado de Méjico, y que entonces se habian erigido en territorio de Iturbide, las tropas conservadoras al mando del general D. Angel Perez Palacio, comandante militar de Cuernavaca y del coronel D. Juan Vicario, ocupaban las poblaciones mas importantes, y recibian en abundancia armamento y municiones que, en frecuentes convoyes, conducia el comandante D. Abraham Peña.

La capital de Tehuantepec y todo el territorio de ese nombre, se acababa de poner á disposicion del gobierno emanado del plan de Tacubaya, y este nombró inmediatamente al coronel D. José María Cobos, coman-

dante principal de aquel punto y jefe de la brigada de su nombre. En Tampico se declararon tambien por Zuloaga las autoridades y la poblacion.

Pero la mirada de liberales y conservadores estaba fija en Celaya. Las tropas constitucionalistas allí reunidas, pasaban de 6,000 hombres, perfectamente parapetadas, y las de Osollo que se preparaban á combatir las debian encontrar una resistencia tenaz.

La division de Osollo se hallaba situada el dia 24 de Febrero, en Apaseo, distante solo tres leguas y media de Celaya: las brigadas igualmente conservadoras del general Casanova y de D. Tomás Mejía habian pasado por San Miguel y se dirigieron á Chamacuero, esto es, á situarse al N. O. de Celaya.

Los defensores de la ciudad habian levantado fortificaciones, y colocaron en una de las torres de la magnífica y sólida iglesia del Carmen, un cañon de grueso calibre.

Al mismo tiempo que los generales constitucionalistas reunidos en Celaya colocaban sus tropas en los puntos mas importantes y estratégicos, Langberg, Don Manuel G. Pueblita y D. Sabas Iturbide, activos militares que combatian por la misma causa, se dirigieron á Marabatío, con objeto de batir á D. Marcelino Cobos, primo del coronel D. José María, del mismo apellido, de quien varias veces nos hemos ocupado. La fuerza que conducian los tres generales mencionados, ascendia á ochocientos hombres de todas armas, con dos obúses de á doce.

1858. Al tener D. Marcelino Cobos noticia de
Marzo. que se aproximaban, dispuso su tropa, reu-

nió á ella la gente de la poblacion de ideas conservadoras, al mando de D. Manuel Urquiza y de dos hijos de éste, y situó sus fuerzas extramuros de la villa, en posiciones ventajosas. A las nueve de la mañana del 2 de Marzo, se dejaron ver las tropas de Langberg, Pueblita y D. Sabas Iturbide de la villa de Marabatío, y á las once se trabó el combate con igual denuedo por ambas partes. Tenaz fué la lucha; pero despues de cuatro horas de incesante fuego, la fortuna se declaró por los conservadores, no obstante los heróicos esfuerzos de los constitucionalistas. Estos dejaron en poder de sus contrarios sus dos obúses, cuatrocientos fusiles, abundante número de municiones, muchos heridos, treinta muertos y trescientos prisioneros, entre estos varios oficiales. Las pérdidas de los conservadores fueron tambien bastante numerosas, y entre los heridos se encontraba el mismo D. Marcelino Cobos, aunque levemente, el comandante de batallon D. Angel Sedano, y gravemente el teniente D. José de la Luz Bumbo.

Don Marcelino Cobos, obrando como dictan el deber y la filantropía, ordenó que se atendiese á los heridos con sumo esmero, y trató á los prisioneros con marcadas pruebas de benevolencia. D. G. M. Islas que fué uno de los prisioneros, dirigió en nombre suyo y de sus compañeros de desgracia dos cartas con fecha 6 y 7 de Marzo, en que le manifestaba lo muy reconocidos que estaban por la conducta que habia observado con ellos, y las consideraciones que se les guardaron así en su estancia en Marabatío como en todo el camino por la escolta que el mismo Don Marcelino Cobos nombró, recomendándola el buen trato con los prisioneros. Sin embargo, el espíritu de partido hacia

que sus contrarios no concediesen á los Cobos ninguna cualidad recomendable.

Seguian entre tanto los preparativos en el campamento del general Osollo, para atacar á Celaya á las cinco de la mañana del 8 de Marzo. Todo estaba dispuesto ya en la noche del 7 para emprender la lucha al rayar la aurora del dia siguiente.

El general constitucionalista D. Anastasio Parrodi que habia estado observando diariamente las disposiciones tomadas por Osollo, juzgó que sería imprudente encerrarse en la ciudad, y resolvió abandonarla en medio de la oscuridad de la noche, para burlar la vigilancia del enemigo, dirigiéndose á Salamanca, cuyas cercanías le brindaban posiciones ventajosas para presentar una batalla campal. Concebido su nuevo plan, efectuó el movimiento evacuando la ciudad en la noche del 8, sin que sus contrarios advirtiesen su salida.

A las tres de la mañana, uno de los exploradores de las tropas conservadoras, se presentó al general Don Luis Osollo, dándole aviso de que los constitucionalistas habian emprendido en la noche su retirada hácia Salamanca. Osollo envió nuevos exploradores para cerciorarse de la verdad, y pronto volvieron ratificando la noticia del primero. Este movimiento de Parrodi desconcertó el plan de operaciones del general Osollo; pero comprendiendo que los momentos urgian, ordenó que inmediatamente, por una marcha convergente, avanzasen todas las fuerzas sobre Celaya. La maniobra se ejecutó con la mayor precision y con todas las precauciones debidas, y la ciudad fué ocupada á la una y media de

1858.
Marzo.

la tarde del 8. Al mismo tiempo que se verificaba la ocupacion de Celaya y se establecian las autoridades conservadoras, la vanguardia del ejército de Osollo marchaba al alcance de las tropas de Parrodi. Este habia llegado ya á Salamanca; distante seis leguas de Celaya, ciudades ambas pertenecientes al Estado de Guanajuato, y tomó posiciones ventajosas fuera de la poblacion para presentar batalla.

A las seis de la mañana del 9, el general D. Luis Osollo hizo marchar la segunda division sobre su derecha, dirigiéndose por Santa Cruz, paralela con el resto de las fuerzas que se dirigian al punto llamado *El Huaje*, por el camino real. Despues de haber tomado la tropa el rancho en este sitio, siguió su marcha, y algunas horas mas tarde, hizo alto al frente de sus contrarios. D. Luis Osollo dió sus órdenes á los generales Miramon, Liceaga, Casanova y D. Tomás Mejía, así como á otros jefes de alta graduacion, indicándoles los puntos que debian atacar, y él se dispuso á atender á todas partes. La primera division, al mando de D. Miguel Miramon, desplegó sus columnas, y el general Mejía flanqueó la izquierda.

Las tropas conservadoras fueron recibidas por las liberales por un fuego nutrido de cañon que causó terribles estragos, aunque no el desaliento de los soldados que lo sufrían con admirable serenidad. El combate que empezó muy entrada la tarde, se suspendió al llegar la noche, esto es, á las siete, sin haberse efectuado operacion ninguna de importancia, aunque no sin bastantes pérdidas. En aquel corto tiempo que duró el fuego de cañon, los conservadores perdieron al teniente coronel D. Juan B. Solis, comandante del segundo ba-

tallon de línea, al capitán Don Mariano Uribe, un teniente y treinta soldados muertos, cuatro oficiales heridos, y cincuenta individuos de tropa, todos de gravedad. La noche se pasó en silencio, hasta las seis de la mañana del 10, en que el general Osollo se dirigió á la hacienda de Cerro-Gordo, previniendo antes al general Miramon que al observar el empuje que iba á hacer la segunda division, el general Mejía y la primera entrasen en combate.

En la llanura que hay de Cerro-Gordo á Salamanca, se formó en batalla la segunda division; lo que observado por los constitucionalistas, establecieron su caballería, en número de mil doscientos giuets, sobre el frente del general Casanova. Osollo previno á éste que prolongase su fuerza sobre su izquierda para apoyar su ala en una mancha de monte, dirigiendo el mismo Osollo este movimiento. La caballería constitucionalista, con un denuedo admirable, se lanzó á la arma blanca sobre los conservadores, desconcertando su ala izquierda, compuesta de la brigada Blancarte; pero la tropa rompió su fuego graneado sobre los dragones mas intrépidos, que se batian cuerpo á cuerpo con los infantes desorganizados, y el grueso de la caballería constitucionalista se contuvo en virtud de que el valiente y singular jefe de artillería D. Ceferino Rodriguez les dirigió un nutrido cañoneo, obligándole á retirarse, protegiendo así la reunion de los infantes que se reorganizaron. La sangre fria de Rodriguez, sirvió para salvar de un gran conflicto á las tropas conservadoras, así como la primera brigada de la segunda division por el orden en que se previno para que no la envolviese la carga brusca

de la caballería liberal, honra á su jefe el Sr. general Perez Gomez.

La segunda division, en nuevo orden de combate, se aproximaba á los constitucionalistas. Osollo encargó al general en jefe de ella que la tuviese en movimiento, observando al cuartel general donde se redoblabla el fuego de cañon y de fusil. Osollo se dirigió al punto del peligro, y ya la primera division, al mando de Miramon, desconcertaba á las fuerzas liberales que, aunque se habian batido bizarramente, no pudieron resistir el empuje de sus contrarios. Siendo, pues, imposible ya la resistencia, el ejército liberal se vió precisado á emprender la retirada, perdiendo doce piezas de artillería, gran parte de su armamento y un gran número de gente.

1858
Marzo. Emprendida la retirada con algun desorden, el general Don Tomás Mejía les fué picando la retaguardia, y la guerrilla exploradora les obligó á abandonar muchas municiones y algunos enseres de rancho. El general Osollo previno á Miramon que se reuniese con su primera division dentro de Salamanca, mandándole que recogiese todo lo que el enemigo hubiese dejado en la plaza; al general Casanova que acampase fuera de la ciudad en la ranchería del Pirú, y al general Liceaga que avanzase con la reserva. Dadas estas órdenes, Osollo tomó los escuadrones de Guias y segundo de caballería, y se dirigió á proteger á Mejía, siguiendo la huella de las tropas liberales que se dividieron en varios trozos, rumbo á Jalisco, Michoacan y Guanajuato.

Importante fué moral y materialmente para el partido conservador el triunfo obtenido en Salamanca, y de

graves consecuencias la derrota para los constitucionales; pero para el hombre amante de la prosperidad de aquel país, que no veía en uno y otro bando mas que hijos de una misma patria que lloraba la sangre de todos, las derrotas y los triunfos de cualquiera bando no le inspiraban sino tristeza y pesar profundos.

En la guerra civil aun los triunfos deben lamentar los ejércitos que los alcanzan, porque la nacion pierde en las batallas hombres de acreditado valor y de importancia que podrian serle altamente útiles en una guerra extranjera. En la batalla de Salamanca, Méjico perdió dos jefes de opinion opuesta, cuyos servicios podian haberle sido de gran provecho en caso de una lucha con alguna potencia extraña. Estos dos jefes eran el teniente coronel conservador Don Juan B. Solís, comandante del segundo batallon que recibió un metrallazo en la pierna derecha, la cual le fué amputada, causándole la muerte, y el valiente y pundonoroso coronel liberal, Don José María Calderon, que pereció al dar una carga á las tropas conservadoras que defendian el ala derecha.

El general en jefe Don Luis Osollo, haciendo justicia al mérito del segundo, y sintiendo la muerte de un compatriota distinguido por mas que combatiere en distintas filas, hizo que el cadáver del intrépido Calderon fuese trasladado del campo de batalla á Salamanca, donde se le dió sepultura con todos los honores que le correspondian. Tambien dispuso que los desgraciados heridos que se vió precisado á dejar abandonados en el campo de batalla el ejército liberal, fuesen esmeradamente cuidados en el hospital de sangre, y asistidos con el mismo esmero que los de sus tropas.

Ya he dicho y dejo consignado que estos rasgos de nobleza y de elevados sentimientos, no eran extraños, por fortuna, en ninguno de los dos partidos.

Alcanzado el triunfo, Osollo ordenó al general Don Feliciano de Liceaga, que se dirigiese inmediatamente sobre la ciudad de Guanajuato. Liceaga obsequió la disposicion, y el dia 12 de Marzo ocupó aquella capital que lleva el mismo nombre que el Estado, sin que encontrase resistencia ninguna, pues la guarnicion habia evacuado la plaza con anticipacion.

Alcanzado por los conservadores el triunfo en Salamanca, el general Osollo se dispuso á combatir al gobernador de Guanajuato D. Manuel Doblado que se habia retirado á Silao con ochocientos hombres de todas armas y abundante artillería. Don Manuel Doblado comprendió que era imposible resistir al enemigo,

1858. y juzgando que despues de la batalla de
Marzo.

Salamanca, la lucha seria estéril para la causa que hasta entonces habia defendido y ruinoso para el Estado que habia regido, excitó el patriotismo del general en jefe de las fuerzas conservadoras, Don Luis G. Osollo, para llegar á un arreglo honroso y evitar el derramamiento de sangre. Osollo aceptó la proposicion; y nombrados comisionados por parte de Doblado, D. Marcelino Rocha, D. Luis Robles Pezuela y D. Francisco Villanueva, estipularon con el mismo Osollo un arreglo. cuyos artículos decian: 1.º que, D. Manuel Doblado ponía á disposicion de Osollo toda su fuerza; 2.º Que á nadie se perseguiria por la conducta, empleo ú opinion que hubiese tenido durante el gobierno de Ayutla en el Estado de Guanajuato;